

Regreso



Theodore Sturgeon

Rebelde, genial, atormentado pero rebotante de fe en la humanidad, Sturgeon elevó la ciencia ficción a la altura de la mejor literatura de todos los tiempos. Concediendo a la forma tanta importancia como al contenido, siempre Theodore Sturgeon siempre armonizó una destilada técnica con una desbordante imaginación para explorar los problemas humanos a partir de los motivos propios del género. Regreso es una de las más clásicas complicaciones de este magistral autor, e incluye nueve cuentos escritos entre 1946 y 1956. Visitantes del espacio exterior que intervienen en un triángulo amoroso entre dos mujeres y un hombre, las peripecias de un animalillo alienígena en una escuela terrestre, la difícil responsabilidad de quien debe desencadenar una ofensiva atómica& He aquí algunos de los temas que permiten a Sturgeon deleitar y conmover al lector elaborando un inigualable e imperecedero discurso sobre el hombre moderno.

Unir para vencer

Cavaban el canal de desagüe, y el hombre de los horarios fue hasta el extremo donde trabajaba la grúa dragadora, y le dijo al operador que bajase y le hizo un montón de preguntas acerca de media hora de trabajo extra. Poco después, los dos hombres rodaban por el terraplén. El joven superintendente vio la pelea y les gritó basta. Los hombres no le hicieron caso. No queriendo ensuciarse los breeches nuevos, el superintendente se subió a la máquina, metió tres metros de arena en el cubo, los alzó, dio media vuelta y los descargó sobre la pendenciera pareja. El operador y el hombre de los horarios asomaron tropezando y cayendo, sacudiéndose la arena, pasándose las palmas de las manos por los ojos y la boca, y con un concertado rugido corrieron hacia la cabina de la máquina. Tenían al superintendente en el suelo y le golpeaban la cabeza turnándose alegremente cuando pasó por allí un capataz, y él y sus hombres detuvieron el alboroto.

El joven pelirrojo dejó el libro en la mesa.

—Esto también es cierto —le comentó a su hermano—. Lo que te decía de casi toda la mejor ciencia ficción de Wells. En todos los casos hay un milagro: una invasión marciana en *La guerra de los mundos*, una sustancia bioquímica en *El alimento de los dioses* y un nuevo isótopo gaseoso en *Los días del cometa*, y al fin el milagro obliga a toda la humanidad a trabajar unida.

El hermano estaba en la universidad —había estado siete meses— y era muy juicioso.

—Así es. Sabía que era necesario un milagro. Me parece que lo olvidó cuando se puso a escribir sociología. Como señaló el doctor Pierce, vendió su primogenitura por un plato de mensaje.

—Perdón —dijo el hombre moreno llamado Rod.

Se incorporó y se alejó hacia el fondo del café y la fila de cabinas telefónicas, y los ojos de la muchacha de nariz respingada y sandalias rojas lo siguieron cariñosamente. Llegó la Rubia.

—Ah —maulló—, sola, ya veo. Pero claro.

Se sentó.

—Estoy con Rod —dijo la joven de las sandalias añadiendo escrupulosamente—: Está telefoneando.

—Necesitaba hablar con alguien, sin duda —dijo la Rubia.

—Probablemente —dijo la otra sonriéndole a sus propios largos dedos— necesita volver a la tierra.

La Rubia apenas parpadeó.

—Oh, bueno... Supongo que debe divertirse entre sus horas serias. En algunas mañana, por ejemplo. En el baile. Lástima que no podamos vernos allí. A no ser, claro, que vayas con algún otro...

—¡Trabaja mañana por la noche! —estalló la muchacha de las sandalias, desprevenida.

—Puedes llamarlo así —dijo la Rubia plácidamente.

—Oye, luz de sol —dijo la otra muchacha, en el mismo tono—, ¿por qué no dejas de engañarte a ti misma? Rod no tiene interés en ti y en tu color puramente local. Y él tampoco es lo que tú quieres. Si deseas un alma gemela, búscate un mastín.

—Querida —dijo la Rubia con una expresión asesina en la máscara—. Sí, quizá puedas conquistarlo. Si repasas tus habilidades culinarias, y él conserva el apetito y no abre los ojos... —De pronto se inclinó hacia adelante—. Mira, ¿quién es ésa?

Se volvieron hacia el fondo del café. El joven moreno tenía las dos manos en una muchacha pelirroja, grácil pero curvilínea. La muchacha reía tímidamente.

—Bragas de Fantasía —jadeó la joven de las sandalias rojas. Se volvió hacia la Rubia—. Sé por qué te lo digo. Tiende la ropa debajo de mi ventana, y...

—La niña apesada —dijo la Rubia. Observó otra bonita convulsión de alegría—. Tiende la ropa, ¿eh? Escucha, tuve una amiga que una vez se peleó con una vecina. Hubo algo con un rifle de aire comprimido y un poco de tinta...

—Bueno, bueno —dijo la muchacha de las sandalias. Pensó un momento mirando a Rod y la pelirroja—. ¿Dónde puedo conseguir un rifle de aire comprimido?

—Mi hermano menor tiene una pistola de agua. Se la regalé en su cumpleaños. ¿Puedes estar aquí a las siete?

—Ciertamente. Conseguiré la tinta. Tinta negra. ¡Tinta china!

La Rubia se incorporó.

—Sé amable con él —dijo rápidamente—, así no sospechará quién le ajustó las cuentas a Bragas de Fantasía.

—Sí, pero no demasiado amable. El muy tonto. Querida, eres maravillosa.

La Rubia guiñó un ojo y se alejó. En una mesa vecina, un caballero que había estado escuchando desvergonzadamente se atragantó con una incipiente carcajada.

—El coronel Simmons —anunció el aparato.

—¡Bueno, por todos los diablos! —dijo el doctor Simmons—. Hágalo pasar. ¡En seguida! Y... cancele esa demostración. No... no la cancele, pospóngala.

—¿Para cuándo, doctor?

—Para cuando yo llegue.

—Pero... es el ejército y...

—¡También mi hermano es el ejército! —estalló el físico y cerró el intercomunicador.

Un golpe.

—Adelante. ¡Leroy, desagradecido!

—Bueno, Músculos.

El coronel entró casi corriendo en el cuarto, tomó al hombre de ciencia por el antebrazo, le escudriñó la cara. Los ojos de los dos eran grises; los del coronel, grises y pequeños; los del doctor, grises y grandes.

—Han pasado por lo menos... —dijeron los dos a la vez, y se rieron.

—Ocho años —dijo el coronel.

—Muchos realmente. —El doctor sacudió la cabeza—. Tú y tus botones brillantes.

Hubo un silencio.

—No se sabe cómo empezar, qué decir, ¿eh? —El coronel sonrió—, ¿Qué has hecho este último tiempo?

—Oh... ya sabes. Física aplicada.

—¡Ja! —Soltó el coronel—. Pregunta: Señor Miguel Ángel, ¿qué ha estado haciendo? Respuesta: Mezclando colores. Vamos, inventaste el magnefilm, ¿y qué ocurrió luego?

—No mucho. Un par de cosas demasiado poco importantes para hablar de ellas, y un par más demasiado importantes para mencionarlas.

—Siempre ligero de lengua, ya veo. Vamos, Músculos. Las normas de seguridad no se aplican aquí, y especialmente entre nosotros.

Eso es lo que crees, pensó el doctor Simmons.

—Claro que no —dijo—. ¿En qué departamento estás ahora?

—Públicamente, la Fuerza Aérea —dijo el coronel señalando sus alas—. En realidad, en el Consejo de Estrategia. Ésta no será una guerra que pueda ganarse con conferencias semipúblicas y deliberaciones del Estado Mayor. El Consejo opera prácticamente en secreto, sin publicidad, y sin dilaciones.

—Consejo de Estrategia, ¿eh? He oído hablar, vagamente... Y estoy dispuesto a oír mucho más. Ahora mismo. Cuando dices sin dilaciones, ¿a qué te refieres?

—A esto —dijo el coronel. Se incorporó apoyando las manos detrás de él, en una mesita alta. Cruzó las lustrosas botas y las balanceó—. Tenemos planes... Sabes cómo se desarrollan los planes del día-M, ¿no?

—Ciertamente. Se escoge el personal de mesas de proyectos, los cuestionarios se imprimen y distribuyen casi totalmente, se arriendan y preparan centros de examen, etcétera. Cuando se ordena una movilización, todo se pone en seguida en marcha, sin tropiezos. Así se espera —añadió el doctor con la mueca de una sonrisa—. ¿Por qué?

—El Consejo opera del mismo modo —dijo su hermano—. Pero mientras el Servicio Selectivo cuida de los detalles de un solo gran problema, nosotros, en cambio... —Se encogió de hombros—. Di un número. Hemos planeado qué haremos, por ejemplo, si Rusia nos ataca, si atacamos a Rusia, si Francia ataca a Brasil, si Finlandia provoca a Irak... ¿Qué hay de divertido?

—Pensaba en la leyenda del emperador que trató de recompensar a cierto héroe que había solicitado simplemente unos granos de trigo. La cantidad sería determinada por un hipotético tablero de ajedrez. Se pondría un grano de trigo en la primera casilla, dos en la segunda, cuatro en la tercera, ocho en la cuarta, etcétera. Al fin se advirtió que se necesitarían dos cosechas mundiales y que no bastaba todo el imperio y sus recursos... Tus planes son algo parecido. Es decir, si se presenta una de tus posibilidades, pero pierdes la tercera batalla, en vez de ganarla como estaba previsto... bueno, habrá que planearlo todo otra vez. Y esto se aplica a la totalidad de tus originales planes maestros.

—Oh, no me interpretes mal. No quiero decir que todos los planes sean tan minuciosos como el del día-M. Señor, no. Los planes sólo indican cursos de acción. No traspasan los límites de las probabilidades estadísticas, aunque tratamos de ensanchar esos límites todo lo posible. He mencionado enemigos probables, y probables combatientes y alianzas. Todo puede ocurrir luego de precedentes como el

de la segunda guerra, cuando nuestra aliada Rusia estaba en paz con nuestro peor enemigo. —Se rio—. Si eso ocurriera en términos personales, y no internacionales, y mi mejor amigo almorzase todos los días con un hombre que intenta abiertamente asesinarme, nos parecería fantástico. Quizá lo sea —dijo con animación—, pero también es absorbente.

—Disfrutas casi, ¿no es cierto?

—Nunca he tenido trabajo más fascinante.

—No me refiero a la estrategia, joven recluta. Hablo de la guerra.

—¿La guerra? Quizá. Bueno, otra función del Consejo... Un minuto. ¡Músculos! No eres el mismo soñador idealista de antes... la hermandad humana y todo eso, ¿no?

—Inventé el disruptor sónico, ¿recuerdas?

Quizá crees que eso responde a tu pregunta, pensó el doctor amargamente.

—Recuerdo. Un sano adelanto para ti y el noble arte de la guerra. La más bonita espada de la historia. Destruye a un hombre por dentro sin lastimarle la piel. Nada de suciedad.

¡Sano! El doctor Simmons clavó los ojos en su hermano, que miraba el interior de su cigarrera. ¡Sano! Y yo inventé el disruptor sónico para concentrar vibraciones ultrasónicas bajo la piel, para homogeneizar tejido canceroso. Nunca imaginé que ellos... Ah, tampoco Nobel.

—Háblame más del Consejo —dijo.

—Qué estaba diciendo... oh, sí. No sólo hemos planeado cosas obvias, situaciones políticas, crisis internacionales, campañas y alianzas, sino que vigilamos de cerca la tecnología. El Departamento de Guerra ha abandonado la idea de hacer esta guerra con las últimas armas. ¿Recuerdas cómo Hitler asombró al mundo con la elemental maniobra de armonizar la acción de los tanques con los bombarderos? ¿Recuerdas las dificultades que trajo reemplazar los morteros por bazucas en la guerra de la selva? ¿Y cómo el Depar-

tamento de Guerra rehusó apoyar a los hermanos Wright? No habrá ahora nada parecido.

—¿Quieres decir que nos preparamos para usar lo más nuevo? ¿Para usarlo realmente?

—Así es. Ya conocemos la energía atómica y la propulsión a chorro. Luego la guerra biológica, con bacterias y hormonas. Pero no nos detenemos aquí. En realidad, todo esto y otras armas del pasado son sólo una pequeña parte de nuestros planes. Tenemos que ir adelante en suministros, armas, equipos, y técnicas que aún no se han desarrollado. ¡Algunas ni siquiera han sido inventadas!

El doctor Simmons lanzó un silbido.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo campos de fuerza impenetrables, multiplicadores de masa... Una ingeniosa hipótesis, Músculos. Aumenta la masa efectiva de una sustancia y los resultados pueden ser interesantes. Particularmente si la sustancia es radiactiva. Antigravedad. Telépatas que interrumpen con ciertas frecuencias las ondas del pensamiento, si el pensamiento es ondas... Consideramos prácticamente todos los aparatos y dispositivos de todas las historias de ciencia ficción publicadas en los últimos treinta años, y hemos planeado qué hacer si algo sale a la luz.

Ignorando todas las historias utópicas, filosóficas, sociológicas, por supuesto, pensó el doctor Simmons.

—¿Así que tu visita no es puramente social?

—Dios, no. Estoy en el grupo de observación que vino aquí a ver tu Ojo-Espía en acción. ¿Qué es eso realmente? ¿Y de dónde sacaste ese nombre tan llamativo?

El doctor Simmons sonrió.

—Uno de los muchachos de la oficina había trabajado en una agencia de publicidad. El nombre exacto sería Interceptor de Información Autopropulsado. Lo que es, lo verás tú mismo si asistes a la demostración, que empezará cuando terminemos de hablar.

—¿Quiere decir que la postergaste por mí?

—Así es. —*Pensé que te gustaría*, se dijo el doctor observando la complacida mueca de su hermano—. Dime algo, Leroy. Todos esos planes... ¿Estamos en guerra?

—Estamos... bueno, no, ya lo sabes.

—Pero esos preparativos... Sólo les falta un horario. —Bizqueó burlonamente—. Demonios, yo diría que tenéis eso también.

El coronel se movió de lado, parpadeando.

—Tenemos muchas cosas.

—¿Ya eligieron aliados? ¿Cómo se agrupan los equipos?

—No te lo diré. No, no me preocupan los secretos militares. Puedo equivocarme, simplemente. Todo es hoy tan rápido... Ya tenemos un campo neutral.

—Oh, sí, por supuesto, como Suiza y Suecia. Siempre me he preguntado qué fuerzas las mantienen neutrales.

—Bueno, si vas a librar una guerra, tienes que saber cómo intercambiar prisioneros y conferenciar con partes interesadas y cosas parecidas.

—Sí, y no deja de ser atractivo para ciertos industriales.

—El coronel miró a su hermano.

—¿Renunciaste realmente al papel de cordero?

El doctor Simmons torció la cara.

—Creo que el Ojo-Espía podrá responderte.

El coronel se incorporó.

—Sí, vamos a verlo —dijo con vehemencia.

Fueron hacia la puerta.

—Otra cosa —dijo el doctor Simmons—, ¿qué país habéis elegido como campo neutral?

—Japón.

—Qué simpático que hayan accedido unos vecinos.

—¿Qué simpático? ¡No seas tonto! Saben que sólo así no serán fortificados.

—Oh —dijo el doctor.

Los dos hombres salieron.

La demostración transcurrió sin dificultades, y luego los seis observadores del ejército y los técnicos se reunieron en la sala de proyecciones para oír al doctor Simmons.

El doctor habló serena y cansadamente, y sus pensamientos hablaron a la vez. Mientras señalaba particularidades y características, su mente divagaba, siguiendo a veces el pensamiento hablado, acompañándolo otras, y haciendo de cuando en cuando comentarios ácidos o humorísticos, siempre con aire de fatiga. Aquella mente parlante vivía encerrada, pero se hacía entender.

—... uno setenta de largo, forma aerodinámica, con un diámetro máximo de sesenta. Proyección uno, por favor. Como han visto, hay un chorro propulsor y tres sustentadores. Estos tres están acoplados directamente a la misma válvula de salida, que es controlada por un altímetro absoluto. Todo está, por supuesto, giroestabilizado. Es capaz de velocidades supersónicas, pero puede también permanecer casi inmóvil en el aire, sujeto sólo a una pequeña nutación que quizá sería posible eliminar.

Iba a ser un cohete correo, comentó su mente.

—El equipo incluye los dispositivos comunes de autodirección, un registro de vuelo en código y radiorreceptores sintonizados para recibir varios canales preseleccionados de radar, FM y AM. En cuanto al radar, puede detectar cualquier onda bastante cercana o bastante intensa y deducir así si ha sido descubierto. Altera entonces radicalmente su curso y velocidad. Sí las ondas persisten, el Ojo-Espía suelta una «cortina»: hojas de aluminio de varias longitudes, y vuelve al punto de partida siguiendo un nuevo curso.

»El dispositivo espía es relativamente simple. Con el magnefilm puede fotografiar la fuente de cualquier señal de radio. Cuando recibe una señal, localiza el rayo, apunta con la cámara y registra magnéticamente la señal auditiva. Por supuesto, la sincronización entre la fotografía y el registro auditivo es perfecta, gracias al magnefilm.

—¿Podría explicarnos el magnefilm, doctor?

—Ciertamente, capitán. Se lo inventó mientras se investigaban las variaciones de las características dieléctricas, bastante amplias, de los primeros plásticos: los estírenos, las ureas. Se modificó la estructura molecular de varios plásticos hasta que se obtuvo un conductor transparente. Poco después se producía un plástico de una notable y alta densidad magnética. Cuando se logró hacerlo transparente, fuerte y flexible, fue fácil transformarlo en una película fotográfica. Los estímulos auditivos se imprimen directamente en la película, como en el sistema de las cintas magnéticas.

Y fue inventado para que los aficionados al cine de ocho milímetros tuviesen películas sonoras, añadió el pensamiento del doctor. Ahora es un arma secreta.

—El propósito del Ojo-Espía, por supuesto, es recoger transmisiones de corto alcance, conversaciones de ondas orientadas verticalmente, mensajes FM de línea visual, y semejantes. Como están fuera del alcance de las estaciones enemigas, estas transmisiones no se hacen casi nunca en código. Por lo tanto, con este dispositivo tenemos acceso a una información que se consideraba inalcanzable.

Hizo una seña a la cabina de proyección. La pantalla se animó. Durante la prueba los oficiales habían hablado en los micrófonos de varios transmisores AM y FM en un radio de unos quinientos metros. Infaliblemente, luego de oírse unas pocas palabras, la pantalla mostró las fuentes de transmisión y sus números de identificación, pintados en grandes pizarras blancas.

—En territorio enemigo —señaló el doctor secamente— quizá debamos prescindir de las pizarras. —Se oyeron unas risas corteses—. Si recuerdan ustedes, caballeros, preparamos luego el selector para que recogiese algo de la banda de ondas largas.

La pantalla, en blanco, lanzó un gemido de agonía. Luego una voz de niño dijo claramente:

—¿Qué te pasa, papá? ¿Te ha atacado otra vez esa vieja indigestión acida?

—Ouu —dijo una voz de hombre.

La pantalla mostró de pronto, allá abajo, las altas torres de una antena de transmisión.

—Querido, será mejor que llames al médico. Tu pobre papá se siente muy mal.

—No es necesario —dijo la voz angelical—. Con el dinero de mi helado te compré un paquete de Burbuja Efervescente, el más rápido alivio conocido por el hombre. No cuesta más que diez centavos en la farmacia más próxima. Aquí está. Toma este vaso de agua que te he traído

—*Glug-glug. ¡Clinc!*

—¡Aaah! ¡Soy un hombre nuevo!

—Bueno, papá, aquí está mi libreta de clasificaciones. Lo siento. Sólo hay malas notas.

—¡Ja, ja, ja! No pienses en eso, querido. Toma, un dólar. ¡Toma, cinco dólares! ¡Invita a todos los otros chicos!

—Corten —dijo el doctor Simmons—. Creo que la prueba es concluyente, caballeros. El Ojo-Espía puede descubrir un objetivo de bombardeo.

Las luces se encendieron entre risas y aplausos. Los observadores se adelantaron a estrechar la mano del doctor. El coronel Simmons se mantuvo a un lado hasta que el resto se acercó a una mesa donde un técnico explicaba los registros de vuelo y los mecanismos pre-selectores de bandas de radio y de dirección.

—Músculos, magnífico. ¡Magnífico! ¿Qué hay de posibles duplicados? Ya sé que nada saldrá de aquí, pero ¿piensas que *ellos* podrán descubrir el secreto con bastante rapidez como para producir algo semejante?

El doctor Simmons se acarició la barbilla.

—Es difícil decirlo. No hay otras novedades en el aparato que el combustible y el magnefilm. Vino viejo en odres nuevos. Puede duplicarse el combustible, y el magnefilm... bueno, es un desarrollo lógico.

—Bien —dijo el coronel—, no puede ser muy importante. Quiero decir: aunque ya lo tengan. Podemos cubrir la tierra con esas cosas. No habrá sitio que no vigilemos. El Ojo-Espía no detecta sólo ondas de radio, ¿no es así?

—¡Señor, no! Es posible prepararlo para que busque radiaciones infrarrojas, o radiactividad, o aun sonido, aunque en este caso habría que ajustar acústicamente los chorros. El magnefilm guiado por nuestros propios rayos de dirección puede registrar cualquier cosa. La cámara se dispara con un mecanismo de tiempo o una radiación o vibración. Lo mismo el mecanismo investigador.

—Oh, magnífico —dijo otra vez el coronel—. No habrá fuerza en la tierra que no pueda ser localizada y aplastada en un término de horas, una vez que tengamos bastantes de estos aparatos.

—No habrá fuerza en la tierra —asintió su hermano—. Tienes razón en tener confianza.

Y *ninguna razón para no equivocarte*, añadió su voz silenciosa.

Las primeras señales de la guerra próxima aparecieron en todos los periódicos. Pero casi nadie las notó. Estaban en las páginas interiores, con titulares pequeños. En aquellos días la primera página parecía más interesante. Allí se denunciaban a gritos nuevos incidentes internacionales. Series de fotos donde una multitud atropellaba a un ciudadano llamado Kronsky cubrían los *tabloids*. (El hombre era inglés, de Somerset, y hablaba con el zumbante acento del condado. Su apellido había sido polaco, tres generaciones atrás. Llevaba barba a causa de las cicatrices que le había dejado un grave ataque de herpes facial. De estos hechos nada se decía.) A un estudiante estonio lo habían envuelto en una bandera de la ONU y lo habían apedreado por haber cantado *Ol'Man River* en un recital folklórico. Unos restaurantes donde los bistecs Stroganoff se convirtieron de

pronto en guisos húngaros contrataron de la noche a la mañana un asombroso número de lectores de restos de té.

Las noticias menudas de los periódicos se referían al sorprendente descubrimiento hecho por tres investigadores, uno en Francia y dos en Canadá, de un nuevo ruido en la banda de radiaciones Jansky, ese débil siseo de confusas frecuencias de radio que viene de alguna parte del espacio interestelar. Era como una triple descarga de sonido, de dos segundos veinticinco de duración, con dos segundos veinticinco de silencio entre las señales. Venían en grupos, de tres descargas cada uno, y separados por intervalos de diez minutos, menos unas fracciones de segundo. El fenómeno se prolongó durante siete meses. En ese tiempo cuidadosas mediciones demostraron un apreciable incremento de la amplitud, O la fuente de señales era más potente o estaba más cerca, decían los sabios.

Durante esos siete meses, y algo más, las relaciones de los hermanos Simmons volvieron al acostumbrado «te escribiré uno de estos días». Los dos estaban ocupados. La vida del coronel era una continua ronda de conferencias, informes y demostraciones, y la carga que llevaba el físico era cada día más pesada, a medida que las demandas del Consejo de Estrategia, estimulado por sus propias investigaciones, su servicio secreto y la peligrosa situación política, llegaban a los laboratorios.

El mundo se armaba febrilmente. Unos pocos historiadores y filósofos, en sus escasos momentos de objetividad, encontraban tiempo para preguntarse qué podía informar el análisis político acerca de la guerra próxima. La primera guerra había sido una guerra de conflictos económicos; lo mismo la segunda guerra, pero había sido más aún una guerra ideológica. La incipiente desavenencia tenía su fuente en la ideología, pero en la víspera de las hostilidades la batalla de las filosofías había quedado relegada al plano de la filosofía teórica. En la práctica, cada bando, o